

The background features a dark blue gradient with faint, light blue technical diagrams. A prominent circular scale with numerical markings (40, 150, 160, 170, 180, 190, 200, 220, 250, 260) is visible on the left side. Other diagrams include concentric circles, dashed lines, and arrows, suggesting a technical or scientific theme.

Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial



No está claro hasta qué punto estaba extendida la posibilidad de disponer de relojes precisos en la época de la Revolución Industrial. Desde el siglo XVI se erigieron relojes en iglesias y lugares públicos. El reloj de bolsillo era de precisión dudosa hasta que se logró suficiente desarrollo mecánico.

El registro del tiempo pertenecía, a mediados del siglo XIX, a la gente acomodada; patronos, agricultores y comerciantes.

La complejidad de los diseños y la preferencia por los metales preciosos fueron formas intencionadas de acentuar el status.





Había muchas maquinarias de medir el tiempo hacia 1790; el énfasis se iba trasladando del “lujo” a la “conveniencia”; se está produciendo una difusión general de los relojes en el momento exacto en que la Revolución industrial exigía una mayor sincronización del trabajo.

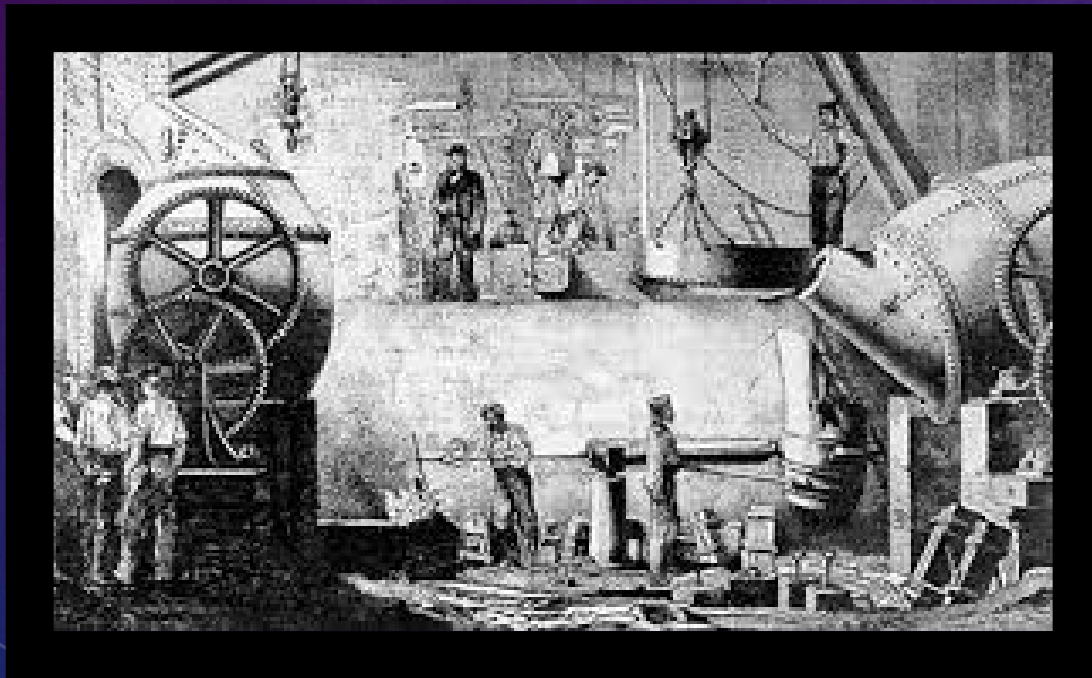
En algunos lugares se crearon Clubs de Relojes, de alquiler o adquisición colectiva. Además, el reloj era el banco del pobre, una inversión de sus ahorros; en épocas malas podía venderse o empeñarse.





En la norma de trabajo se alternaban las tandas de trabajo intenso con la ociosidad, donde quiera que los hombres controlaran sus propias vidas con respecto a su trabajo. Surgió la tradición de hacer honor a San Lunes. San Lunes era venerado casi universalmente dondequiera que existieran industrias de pequeña escala, domésticas y a domicilio. Se perpetuó en Inglaterra hasta el siglo XIX. Donde la costumbre se encontraba profundamente establecida, el lunes era el día que se dejaba para el mercado y los asuntos personales. Podemos constatar que la irregularidad de días y semanas de trabajo se insertaba, hasta las primeras décadas del siglo XIX.

El trabajo más arduo y prolongado de la economía rural era el de la mujer del bracero. Una parte de aquél era el más orientado al quehacer. Otra parte estaba en los campos. Una forma tal de trabajar era sólo soportable porque parte del mismo, los niños y la casa (quehacer) se revelaba como necesario e inevitable, más que como una imposición externa. Esto es hoy día todavía cierto y, no obstante las horas de escuela y televisión, los ritmos de trabajo de la mujer en el hogar no están enteramente adaptados a las medidas del reloj. Todavía no ha salido del todo de las convenciones de la sociedad “preindustrial”.



Había otra institución no industrial que podía emplearse para inculcar la “economía del tiempo”: la escuela. Se consideraba la educación como un entrenamiento en el “hábito de ltrabajo”; cuando el niño llegara a los seis o siete años debía estar “acostumbrado” al Trabajo y la Fatiga.



Hacia finales del siglo XVIII existen algunos indicios de que algunos de los oficios más favorecidos habían conseguido algo parecido a la jornada de diez horas.

Al principio algunos de los peores patronos intentaron expropiar a los trabajadores de todo conocimiento del tiempo. A menudo, se adelantaban los relojes de las fábricas por la mañana y se atrasaban por la tarde.



La propaganda del siglo XIX iba dirigida a las masas, específicamente la clase obrera, donde se les difundían ideas como:

- Una buena economía del tiempo
- El problema del ocio de las masas
 - En una sociedad capitalista madura hay que consumir, comercializar, utilizar todo el tiempo, es insultante que la mano de obra simplemente “pase el rato”.

